

LA ISLA MISTERIOSA

Por CLAUDIO DE LA TORRE

No es la de Julio Verne, sino la de Pierre Loti. Conocemos de ella, además de la abundante iconografía que nos ofrece el libro del doctor Stefen-Chauvet, en su lujosa edición chilena, la acuarela en que el joven marino Julien Viaud recoge su primera impresión de la isla, el 7 de enero de 1872, hacia las cinco de la mañana. Esta acuarela, dedicada más tarde a Sara Bernhardt, porque el marino Julien Viaud se convirtió con el tiempo en el escritor Pierre Loti, nos muestra un conjunto abigarrado de hombres y piedras, como apretada síntesis de la fabulosa isla de Pascua.

Perdida en el mar, con sus pájaros sagrados, justo a mitad de camino entre las costas de Chile y las suaves playas de Tahití, la isla de Pascua, llamada de San Carlos por los españoles en los años del virreinato del Perú, sigue guardando hoy un misterio indescifrable para los ojos atónitos del viajero que la visita. Es para los sabios una incógnita etnológica y arqueológica. Para los profanos, un mundo fantasmal.

Cuando el holandés Roggeween la descubre, el día de Pascua de Resurrección de 1772, y aun en los años inmediatos que siguieron, se hubiera tal vez podido aclarar el misterio, si los piratas y balleneros que surcaban entonces el Pacífico hubiesen sido más aficionados a la etnología o, por lo menos, a las Bellas Artes. Pero prefirieron, entre unos y otros, exterminar aquella raza misteriosa, que debió tener sus grandes secretos, razón por la cual monseñor Tepano Jaussen hubo de quedarse seguramente perplejo al ver entre sus manos la primera *tablilla parlante*, escrita con caracteres ideográficos, regalo de los indígenas. A éstos, hasta entonces, se les había tenido por *inmemoriales*, por ignorantes de la escritura, de manera que el hallazgo no podía ser más curioso. Pero a monseñor Jaussen le acompañaba en la ocasión un modesto *sabio* indígena, quizás el último que quedaba en la isla, que apenas pudo explicarle que se trataba de una *madera de hibisco inteligente*. Ni siquiera pudo descifrarla. El

pobre *sabio* sabía escribir con dientes de tiburón, pero no le habían enseñado a leer. Los verdaderos sabios habían sido exterminados.

Traducidas poco tiempo después por los lingüistas estas maderas sagradas, parece ser que sólo contenían vagos poemas narrativos. Nada de historia, de noticias. Ninguna ley escrita. ¿Significaba, por lo tanto, que la remota civilización de la isla se había alimentado siempre de pura fantasía? ¿Nos encontrábamos, acaso, ante los gloriosos vestigios de un pueblo de poetas?

No encierran estas tablas, sin embargo el más hondo misterio de la isla. Este reside, como en pétreas fortalezas, en lo que los viajeros de aquellas tierras llaman *las estatuas*. Son de piedra, descomunales, algunas de más de veinte metros de altura, tocadas en su mayoría por unos soberbios gorros rojos, también de piedra. Pueblan literalmente la isla. En el fondo del cráter

del Rano-Roraku se encuentran agrupadas ciento cincuenta y tres estatuas monumentales. A sus pies hay un lago de agua dulce y un bosque sombrío de plantas indígenas, nacidas al resguardo de los vientos. Afuera, en la llanura, otras cuarenta estatuas bordean el camino que conduce al volcán. Hay más de quinientas en la pequeña isla. Todas ellas hieráticas, con las cuencas de los ojos vacías, vuelven la cabeza hacia el Norte, ciegas, alucinadas, como si acentuaran el misterio de su origen con un común propósito que nadie aún ha descifrado.

¿Pueblo de poetas, de escultores? ¿Gente que tuvo por única misión, en su soledad, la de embellecer el suelo inhospitalario en que naciera? La ciencia más avisada se inclina hoy a aceptar esta graciosa hipótesis, después de rechazar una por una, a lo largo de un siglo de estudios, las más diversas interpretaciones. Por donde sospechamos que aun queda al hombre algo que hacer en los demás lugares de la Tierra, si algún día se decide a seguir el ejemplo de la misteriosa isla de Pascua.

